DANIEL MATO (Coord.). *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder*. Caracas: Universidad Central de Venezuela, 2002.

La confluencia de los paradigmas poder/saber tan lúcidamente descrita para nosotros por Foucault, es evaluada con agudeza en la publicación resultante de la tercera reunión del Grupo de Trabajo “Cultura y poder” que se llevó a cabo en la ciudad de Caracas del 29 de noviembre al 1ero de diciembre del 2001. El volumen recoge un total de 32 ensayos que responden a la invitación introductoria de Daniel Mato de “recuperar y valorizar un conjunto más amplio de ‘prácticas intelectuales’” (21) desde un caleidoscopio de áreas de investigación y posiciones. Estamos ante una aportación fundamental para los estudios de la cultura en América Latina pues de lo que se trata es de establecer mapas que reconozcan la pluralidad de saberes y espacios epistemológicos que la constituyen, más allá y más acá de las esferas institucionalizadas del conocimiento.

Dividido en tres partes, “Estudio Introductorio”, “Ensayos” y “Postfacios”, *Estudios y otras prácticas intelectuales latinoamericanas en cultura y poder* establece la necesidad de cuestionar y ofrecer soluciones alternativas a la hegemonía que ejercen los llamados “Estudios Culturales latinoamericanos”.

Este es un aspecto que de manera particular enfatiza Mato en el trabajo inaugural y de ahí su acertada crítica al “uso descontextualizado y descontextualizante en América Latina de la idea de ‘Cultural Studies’ provenientes de tradiciones intelectuales angloparlantes” (21). El contrapunteo a esta visión lo ofrece George Yúdice en el trabajo que cierra la sección “Estudios” y donde propone una estrategia inclusiva para considerar a los estudios culturales latinoamericanos dentro de geografías internacionales y proyectos comparativos.

Aclaro que Mato puntualiza que su crítica a la traslación de los “Cultural Studies” debe entenderse desde su cuestionamiento de la hegemonía que sustentan las instituciones académicas y editoriales en las prácticas intelectuales latinoamericanas pues impiden la valoración de aquellas que se producen en otros contextos institucionales o, desde esferas extra-académicas. Sin embargo, y a pesar del reclamo de Mato, la casi totalidad de los trabajos recogidos revisitan tanto las avenidas más transitadas de la *ciudad letrada*, como las menos. De hecho, la valoración de propuestas renovadoras y posibilitadoras de transformaciones sociales como las de la Universidad Popular de las Madres de Plaza de Mayo en Argentina –en el ensayo de Teresa Basile– y la de la Universidad Intercultural del movimiento indígena ecuatoriano –en el primero de Pablo Dávalos (89-97)– funcionan dentro de esferas de lo académico-escritural. Vemos pues que la huella de Foucault no se encuentra sólo en la reflexión sobre el poder, se evidencia también en el giro arqueológico que tienen los ensayos por su insistencia en llamar la atención sobre las aportaciones que distintos agentes sociales tienen tanto en los saberes como en las prácticas de América Latina.

En concordancia con la propuesta del volumen de prestar atención a “otras prácticas intelectuales” y dado que no se puede hacer justicia con detenimiento a la totalidad de las diversas propuestas y reflexiones, me limito a resaltar, en primer lugar, aquellos estudios que prestan atención a saberes cuya circulación no se circunscribe y/o limita a lo académico-universitario. Así, mientras Illia García resalta el compromiso político y

reivindicativo de Jesús “Chucho” García con las comunidades afrovenezolanas, el propio Jesús “Chucho” García nos ofrece una genealogía de las maneras en que se evalúa la africanía desde lo académico, lo intelectual y desde la perspectiva de los sujetos afrodescendientes para reclamar que desde la academia “... se ponga[n] en práctica ‘otras prácticas’ de diálogo hacia los sectores no académicos” (151). Por su parte Walter Mignolo valora el enriquecimiento epistemológico que se deriva de considerar el proyecto descolonizador de la socióloga boliviana Silvia Rivera Cusicanqui desde su apreciación de los saberes orales. Catarina Sant’Anna aporta un análisis de la función de resistencia política y de impacto social que tienen los grupos teatrales de Augusto Boal, “Teatro do Oprimido” y el de la compañía de actores negros “Bando de Teatro Olodum”. Por último, la convergencia de Catherine Walsh con Juan García, actualiza los objetivos del volumen al estudiar, al alimón, y desde dos prácticas distintas, la función que tiene la iniciativa del “Taller Afro” en el emergente movimiento afroecuatoriano.

Al señalar esas aportaciones no quiero dejar de lado los ensayos dedicados a llamar la atención sobre las contribuciones teórico-críticas a las historias culturales de América Latina desde distintos posicionamientos intelectuales. No olvidemos que en esta esfera de arqueología cultural se evalúan polémicas –con particular atención a las que se dieron en Chile y Argentina aunque también se estudia la de Roberto Schwarz y Silviano Santiago– y las aportaciones de pensadores y activistas tan diversos y divergentes como José Carlos Mariátegui, Oswald de Andrade, Paulo Freire, Ángel Rama, Néstor García Canclini, Beatriz Sarlo, Elizabeth Jelín, Jesús Martín Barbero, Aníbal Quijano, Nelly Richard, Daniel Mato, Gerardo Mosquera y Luis Rafael Sánchez, por mencionar algunos de los que se destacan en los ensayos de Mirta Antonelli, Selma Baptista, Ana Del Sarto, Ramón Pajuelo, Juan Poblete y Liv Sovik. Por último, y para subsanar la falta de atención que se le presta a “cuestiones de género” en los estudios culturales latinoamericanos, como nos recuerda Richard que sostiene Yúdice (367), resalto los dos ensayos de Virginia Vargas Valente que estudian los saberes propuestos desde los procesos y proyectos feministas. La relevancia fundamental de todas y cada una de estas reflexiones descansa en lo que Alicia Ríos sostiene con precisión en la suya: “[t]anto los temas como las prácticas e instituciones del saber en América Latina han sido siempre heterogéneos y conflictivos” (253).

Es decir, lo que todos los estudiosos y estudiosas enfatizan de uno y otro modo, y en gradaciones distintas, es que se trata de que nuestros discursos críticos se nutran no sólo de las filosofías posestructuralistas, postmodernas y postcoloniales, de la de los pensadores de la escuela de Frankfurt y de las aportaciones del feminismo y el marxismo –por mencionar los marcos teóricos de las últimas 4 décadas del siglo veinte. Se trata también de que con la misma afinidad nuestros discursos críticos se nutran de una rica y diversa tradición de reflexiones que constituyen el heterogéneo bagaje cultural de América Latina mucho antes incluso de que se estableciera la parcela de saber intelectual que denominamos “Latin American Cultural Studies”. De ahí que desde los valiosos comentarios críticos que ofrecen Nelly Richard, Pablo Dávila y Virginia Vargas Valente desde el “Postfacio”, resalte el llamamiento de Richard a seguir pensando los paradigmas de “poder/saber” desde preguntas “... siempre pendientes de los dilemas que tensionan la crítica entre *intervención y enunciación*” (370).

Destaco también que el volumen utilice el castellano y el portugués como lenguas de legitimación académicas pues de lo que se trata es de producir investigaciones y prácticas contrahegemónicas que otorguen a todas las lenguas con las que circulan los saberes en América Latina un mismo reconocimiento. Aunque está claro que este es un modesto reconocimiento del carácter plurilingüe de América Latina –no se inscriben ninguna de las lenguas originarias– el volumen cuestiona la hegemonía lingüística del inglés y en ese sentido insiste en el valor contestario de la heterogeneidad. Pido sólo más cuidado editorial a la hora de publicar, para no desmerecer el aporte incuestionable de un esfuerzo colectivo que nos dibuja un horizonte dinámico de investigaciones que atiende a los incesantes flujos de las dinámicas del saber y el poder en América Latina.

SILVIA BERMÚDEZ